

# San Librario o el culto al

(Conversación con Álvaro Castillo Granada)

## Margarita Mateo Palmer

Conocido por algunos de sus amigos como *San Librario*, no tanto por el nombre de la editorial que fundó y dirige, sino a causa de su devoción por los libros, el colombiano Álvaro Castillo Granada se ha convertido en una figura familiar en las ferias celebradas en la isla. Su interés por los libros no se detiene en la búsqueda del ejemplar valioso, del antiguo o raro, sino que, con el espíritu detectivesco que suele convivir con los que se dedican a esta profesión, se deleita en la búsqueda que lo impele a encontrar las huellas y descubrir los rastros que conduzcan al objeto deseado. Como él mismo ha afirmado: "La historia del recorrido de un libro puede ser una novela de aventuras. Sería fascinante poder escribir la historia de un libro, las lecturas que han hecho de él sus poseedores y las perspectivas que les ha abierto". Algunos libros lo han lanzado personalmente a las más disímiles aventuras y peripecias, incluso más allá de su tierra natal. Una de ellas, que aún no ha concluido, fue recogida en su De cuando Pablo Neruda plagió a Miguel Ángel Macau. Su historia personal, muy cercana, desde luego, a los libros —los leídos, los comprados, los que saltan de un estante como para emitir una señal— ha estado marcada por hallazgos inesperados, caminos sorprendentes, encuentros fortuitos que han ido conformando verdaderas figuras cortazarianas, más cercanas al azar concurrente que a los gajes de un oficio.

Álvaro Castillo, quien se define como librero y lector, es también investigador literario, editor, antologador, curador de exposiciones bibliográficas, y, desde luego, escritor: una rara especie de corte renacentista, que se acerca al libro desde casi todas sus facetas materiales y espirituales.

Una noche de agosto, Álvaro tuvo que pagar una apuesta literaria que habíamos hecho. La deuda fue saldada en el bar del Centro Cultural Fresa y Chocolate, y allí nació la idea de la siguiente entrevista.

### ¿Cómo se produce tu identificación con los libros?

Los libros fueron para mí, primero, un refugio para mi timidez y la soledad. Fui un niño de una timidez extrema, enfermiza. No sabía cómo hablarles, cómo relacionarme tranquilamente con las mujeres. Me parecían unos seres extraordinarios, incomprensibles e inalcanzables. Por otro lado, tuve desde que entré al colegio, siempre el mismo grupo de amigos. Aún seguimos siendo amigos. De eso ya treinta y tres años. Cuando llegaba la temporada de vacaciones quedaba totalmente solo. Sin ellos. Y como era tan tímido, no me atrevía a acercarme a las niñas de mi edad (cosa que mis vecinos de barrio sí hacían). De manera que encontré, en ese primer momento, un refugio maravilloso en la lectura. Recuerdo todavía con muchísimo amor y claridad los primeros libros que leí: *Miguel Strogoff*, *De la tierra a la luna* y *Viaje al centro de la tierra*, de Julio Verne; *Corazón*, de Edmundo de Amicis; *Las aventuras de Tom Sawyer*, de Mark Twain, y una versión para niños de *Las mil y una noches*. Los leí y releí mil veces. Después viene un libro fundacional para mí, cuya lectura desató y abrió una cantidad infinita de perspectivas y posibilidades: *Confieso que he vivido*, de Pablo Neruda. Lo leí cuando tenía doce años. Después de un intento fallido de fuga (como corresponde para un admirador de Tom Sawyer y Huckleberry Finn) con tres compañeros para irnos, aún no sé a qué, caminando hasta México (en fin, el mar...), mi casi expulsión del colegio y una enfermedad gravísima de mi mamá, leer ese libro fue como abrir una caja

de Pandora (la que todo ser humano tiene y espera ser descubierta): vi que el mundo era inmenso, supe de seres, de personajes, de artistas, de compromisos, de opciones, de tomas de partido... Comencé a hacer listas de libros que quería leer. Uno conducía al otro y así sucesivamente hasta el día de hoy. Leía y leo vorazmente. Descubrí también en ese momento que podía aprender sobre lo que yo quisiera con sólo abrir un libro y sumergirme en él. El mundo no se reducía, entonces, a lo que me enseñaban en el colegio. Sin tener muy claro todavía el por qué, descubrí que muchos de los libros que quería leer y tener no se conseguían o encontraban en las librerías donde los buscaba. Tampoco en las bibliotecas. Algunos los pude leer gracias a la generosidad de dos amigos: David Moreno y "Moncho" Viñas, que pusieron a mi disposición sus bibliotecas o las de sus familias. Comenzó entonces para mí otra gran aventura: buscar y encontrar los libros. En esa época, en Bogotá había una calle en el centro de la ciudad donde se concentraban, en tres cuadras, centenares (sé que estoy exagerando pero no importa, así las vi siempre) de librerías de usados: la calle 19. Allí, poco a poco, me fui adentrando y fui encontrando mi cueva del tesoro. Al principio preguntaba por ellos. Algunas veces los que las atendían o sus dueños sabían de qué les estaba hablando. Otras no. Decidí, entonces, emplear en este caso mi método de consulta en las bibliotecas: mirar al azar, pasar tarjeta tras tarjeta (en esa época todavía existían los ficheros de tarjetas blancas manchadas por el uso), hasta que mi mirada se detuviera, algunas veces porque había encontrado lo anhelado, otras porque se despertaba un deseo. Me convertí desde entonces en un buscador de libros. "Buscador" en tanto "encontrador". También, no vale la pena olvidarlo, gracias a este "mercado" tenía la posibilidad de comprar libros. Los libros en mi país (y casi en todas partes) siempre son muy caros. Por suerte, en esa época, los usados no tanto. Trabajaba en el colegio vendiendo dulces, galletas, chocolates, les hacía trabajos a mis compañeros, para poder conseguir dinero e irme dichoso, como un explorador ante la más grande de las aventuras, a buscar libros. A ver cuál me encontraba a mí. Después, cuando estaba en la universidad, tuve que empezar a trabajar y el primer trabajo que se me ocurrió buscar fue el que siempre había soñado: vender libros en una librería. Y lo encontré. Los libros, mi oficio, me han permitido vivir, sostenerme, viajar, ayudar, conocer, participar, aprender, toparme con mi "sueño de un mediodía de verano". Empecé a trabajar el 30 de noviembre de 1988 y "desde entonces los años"...

### ¿Cómo caracterizarías tu profesión?

Cuando empecé a trabajar en la primera librería donde me dieron la oportunidad era apenas un muchacho de diecinueve años, que estaba en segundo semestre de Letras y que creía que había leído mucho. Esto, pensaba, me capacitaba para trabajar vendiendo libros. El primer día descubrí que no era así. El mundo del libro es mucho más grande y extenso que un estante, la vitrina o la mesa de una librería. Puedes creer que has leído mucho pero es más, infinitamente más, lo que no has leído (esto es fascinante, por supuesto). El otro factor fundamental de esto es que el librero es el puente entre el libro y el lector. Tienes que tratar con público, una de las cosas más difíciles y complejas que hay en la vida. No es fácil. Fui descubriendo (estoy aún haciéndolo) poco a poco al librero que yo quería ser y que le podía ofrecer a los lectores. No un sabio pedante o lejano que obstaculizara el encuentro. No un hombre envuelto y oculto por una neblina y una nube de polillas. Más

bien un "compañero de viaje", un "cómplice" de la lectura. Siempre he creído que soy librero por vocación. Lo hago porque me gusta y encuentro satisfacción al hacerlo. Siento que cumplo una función: ayudarle a encontrar los libros a la gente. Es algo así como un amigo que nos encontramos en el camino, nos miramos, conversamos, nos damos la mano, nos ayudamos y seguimos adelante. Trato de ser el librero que me hubiera gustado a mí encontrar. Ni mejor ni peor. Sólo alguien para quien leer, compartir las lecturas y buscar los libros es algo tan natural como comer y respirar. Ser librero es una profesión para toda la vida. Una formación constante. Yo, realmente, no conozco muchos libreros. Conozco muchas personas que venden libros, sí. Pero libreros que conciben su oficio como una profesión y lo ejercen las veinticuatro horas del día, que estén siempre dispuestos y atentos al encuentro de lo viejo y de lo nuevo, que reconozcan ser apenas unos intermediarios, un puente, en el camino de la lectura... Pocos, conozco pocos. Ese es el librero que yo quiero ser, el que pretendo ser. El que sé que nunca terminaré de ser. Y no importa. Lo fascinante es el deseo, la fuerza y el anhelo. Un librero, tal y como lo concibo yo, debe ser una persona sencilla, modesta, atenta (en lo posible) a todo lo que tenga que ver con la lectura, ordenado, eficiente, trabajador, memorioso, práctico, con algo de confidente y confesor.

### En un brevísimo cuento del venezolano Julio Garmendia, "El librero", se brinda una imagen inquietante del personaje dedicado a este oficio, quien se identifica a tal punto con las criaturas literarias que llega a difuminar las fronteras entre realidad y ficción. ¿Ha conducido tu trato tan prolongado e intenso con los libros a experiencias similares?

A veces pienso que la vida es una suma de historias dispersas que el tiempo nos permite, muchas veces, ir encontrando y ordenando. Las fronteras entre la realidad y la ficción para mí son muy claras pero siempre están permeadas por la magia y el azar. Me explico. Yo siento y pienso que las cosas suceden por algo. No estoy hablando solamente del destino: "Y sin embargo, sucede"... En ese momento, cuando pasan, es que entendemos la "figura" (siguiendo a Cortázar, a quien no tuve la oportunidad de conocer pero con quien me han pasado y pasan cosas maravillosas y entrañables), que hemos estado trazando mientras damos vueltas por ahí. No dejo de asombrarme cuando ocurren encuentros o situaciones que para otros pueden ser maravillosas o inventadas. El azar siempre sucede en la realidad. Torcer una calle, cambiar un camino, ir a un lugar, esperar un momento. Se van trazando líneas hacia los encuentros. He encontrado libros maravillosos en lugares absurdos. He conocido gente excepcional en todos los aspectos gracias a los libros. He podido, uno a uno, encontrar y tener casi todos los libros que siempre he deseado sin ser un millonario ni nada por el estilo. Pero lo principal, lo más maravilloso, es que los libros y la



lectura me han adentrado en la vida. No me han sacado de ella. Vuelvo a decirlo: leer para mí es como respirar. Historias, azares me han sucedido por cantidades. Una. Tengo veinticuatro años. Realizo mi primer viaje a Chile. Como mochilero. Con poco dinero, mucho frío y unos deseos inmensos de recorrer y encontrarme con la tierra de Neruda. Emprendo el recorrido a Temuco (donde vivió su infancia el poeta y donde se nutrió y creció su poesía). Voy en el tren del sur (ese que ya no existe y al que le cantaban "Los prisioneros"). Viajo en tercera clase. En el vagón no hay luz ni calefacción ni nada por el estilo. Mis provisiones para el viaje (que dura más de veinte horas) son un peter. Nada más. A la hora no hay nada. De repente una mano, desde la silla vecina, me alcanza un bocadito de jamón y queso, lo tomo y agradezco. Después, esa misma mano me alcanza un vaso de refresco. Por último un buchito de café. Son dos muchachos muy humildes. Uno es cocinero, el otro peluquero. Me proponen que me sienta a su lado para calentarnos y protegernos de los ladrones que no dejan de dar rondas por el pasillo del vagón esperando a que Morfeo atrape a alguno de los pasajeros. Nos sentamos juntos. Cuando llegamos a Temuco me proponen que me vaya a su casa. Voy con ellos. Es una casa en una montaña. Muy pobre. No hay luz, ni electricidad... Sólo amabilidad y generosidad. Estoy tres días con ellos, comiendo seis veces al día. No me dejan gastar nada. No aceptan nada. Simplemente me ayudan porque me vieron "desprotegido y solo". Sus nombres Maximiliano y Manuel. En la tierra de Neruda, en su pueblo, fui acogido por la gente más humilde que me brindó su casa y su pan sin pedir nada a cambio... ¿Cómo entender esto? De alguna manera mi visita tenía que ser así. No podía ser de otra forma. Lo mismo ha sucedido, me pasó y sigue pasando, con mis visitas a Cuba, que se extienden sin interrupción desde mayo de 1995. Primero fueron los libros, las fotografías, después la verdad, la realidad. En Cuba he vivido momentos entrañables, fundamentales que hacen saber que el azar no es solamente "concurrente", como decía Lezama, sino "recurrente". Nunca me he

# libro

sentido un personaje de ficción, he sentido, más bien, que hago parte de una historia que escribimos todos. Lo que he leído y he creído se ha hecho realidad para mí. Creo que esto es más fantástico que cualquier historia que me quiera o pueda inventar. "Imagen y posibilidad", como Lezama, así es.

## ¿Qué te llama la atención de la dinámica del libro en Cuba?

Desde que llegué por primera vez a Cuba me di cuenta de la avidez que siente este pueblo por la lectura. Es algo impresionante. No lo he visto ni percibido en otra parte. Eventos como la feria del libro, donde todo el país se vuelca en torno a este (llamémoslo así) "objeto" y lo hace parte del día a día no se ve, ni se puede encontrar en otro lugar. Me ha sucedido estar leyendo y ponerme a conversar con cualquier persona sobre literatura como si fuera lo más normal y natural del mundo. Es algo así como que la lectura hace parte de los derechos esenciales del ser humano. El cubano es una persona que, debido a su historia y circunstancias, quiere conocer y saber. Reconoce que el libro es un objeto y un instrumento para esto. A pesar de los tiempos difíciles que a todos nos acosan, el libro en Cuba todavía está al alcance de la gran mayoría. Es posible comprarlos. Aquí, también, me he encontrado con la posibilidad de hacerme amigo de algunos escritores que han sido fundamentales en mi vida. Claves. Nunca pensé que tendría la posibilidad (este es tan sólo un ejemplo) de tratar durante catorce años a Cintio Vitier (y a Fina, por supuesto) y convertirme en su amigo. Eso es algo que no dejaré de agradecerle a la vida. El libro en Cuba circula y viaja mucho. Se mueve constantemente. Es como si bailara: a veces un danzón, otras un chachachá, de pronto un reggaetón. Es también, para mí, como lector, librero y coleccionista, una cueva del tesoro inmensa. He encontrado cosas maravillosas que jamás pensé hallar.

## ¿Crees que el libro tradicional será desplazado por los libros digitales?

Yo no soy experto en este tema. No lo conozco a fondo. Creo (y hablo con el deseo) que ciertos tipos de libros serán reemplazados por los libros digitales. Tendrán un nuevo formato. Estoy pensando específicamente en los libros técnicos, científicos, las enciclopedias, las obras de divulgación... Gracias a esto podrán actualizarse constantemente (como se necesita y debe ser) y no se quedarán sin uso por su antigüedad. Me imagino también que la lectura de obras literarias se aumentará al convertirse en algo portátil. Manejable. Pongo un ejemplo: si una persona necesita desplazarse y llevar consigo una cierta cantidad de libros qué solución más fácil y práctica que poder llevarlos todos en un solo "objeto". Cargarlos todos ahí. Cambiarán los formatos, se ampliará la lectura, crecerán los lectores. Sin embargo, creo que persistirá un puñado inmenso (así suene contradictorio) leyendo todavía en libros impresos en papel. Esos que aman no sólo la posibilidad sino el objeto. Confío en que sea así. Ojalá sea así porque, si no, ¿qué haremos, entre otros, los libreros? El libro digital facilitará ciertas cosas. No se podrá digitalizarlo todo. No me imagino cuáles son los criterios para hacerlo. Lo que se encuentre en este formato existirá en el papel. Tal vez oculto, tal vez demorado, pero siempre anhelando encontrarse con su lector, con su destino. Y ahí, tal vez, de alguna manera seguiré estando los libreros.

## Mae Roque

Ahora se van.

La mujer alta con el clásico misterio de las grandes putas, sigue las pisadas de la muchacha pequeña que estuvo siempre en una esquina.

Las miradas atónitas de los cultores del falo secundan el silencio cómplice, mientras la música persiste en acabar con la noche.

La muchacha pequeña no debía estar aquí, sino en su apartamento semidestruido, con goteras menos sobre la cama, a no ser por la llamada del tipo con pretensiones de sabio. De este no recordaba que existiera.

La muchacha pequeña habría dicho "no puedo", si el tipo con pretensiones no hubiera mencionado la yerba. Entonces dijo "voy". Y tropezó al entrar con un grupo abundante de piernas regadas en el suelo con todo el consentimiento de sus dueños.

La habitación era poco espaciosa y la muchacha pequeña decidió ocupar la esquina al lado del sofá donde una pareja hacía prácticas referentes al Kamasutra. El resto de los presentes estaban demasiado ocupados apostando cuál se templaría a la mujer alta con el clásico misterio de las grandes putas, y no vieron la entrada de la muchacha pequeña, que no debía estar aquí.

Sobre una mesita al centro de la habitación se encontraba la más variada oferta de bebidas y un envoltorio de papel, que seguramente alguien había olvidado.

La muchacha pequeña hizo un gesto de fastidio por tener que abandonar su esquina. Lamentó no haber reparado antes en la mesita, pero se levantó de un salto y tomando una botella volvió a su escondite. El contenido sería para ella sola, nadie había visto su apropiación y estaba sedienta. Recordaba las líneas de un cuerpo, el sexo húmedo palpitando en su boca.

Esta imagen la había perseguido durante días y ahora estaba allí, se dibujaba en la puerta.

Las apuestas se acallaron a tiempo para no llegar a los oídos de la mujer alta con el clásico misterio de las grandes putas. La pareja del sofá acomodó sus ropas e invitó a la mujer alta a sentarse a su lado. Pero esta prefería quedar junto al grupo de apostadores que se brindaban muy espontáneamente a servirle ron, yerba o bailar según los deseos de esta que, inadvertida para todos, miraba a intervalos hacia la esquina ocupada por la que no debía estar aquí. La mujer alta miraba con aire de mujeraltasuperior, mientras la muchacha pequeña recibía las miradas con la misma inexpresividad.

Los apostadores se turnaban para bailar y las apuestas subían silenciosamente. La mujer alta les dejaba hacer, feliz de su poder sobre los cultores del falo mientras seguía mirando a la muchacha pequeña que miraba a la mujer alta...

La muchacha pequeña después de su llegada no volvió a ver al tipo con pretensiones de sabio. Este andaba desnudándose según los caprichos de la botella en una barbacoa. En realidad a la muchacha pequeña no le importa el tipo con pretensiones, sino las líneas de un cuerpo que frente a ella se mueve sin reparar en la música y pasa por las manos de los apostadores.

La mujer alta con el clásico misterio de las grandes putas sí debía estar aquí. Los apostadores cultores del falo habían echado suerte días antes y sólo esperaban ver quién sería el próximo elegido de la mujer alta.

La mujer alta desconocía la existencia de su propia feria. Ella se movía entre los apostadores sin separar la vista de la muchacha pequeña.

Esperaba el triunfo sin pedir demasiado, a pesar de ser ambiciosa. Le bastaba ver una lagrimita rodando por las mejillas de la muchacha pequeña. No quería una reacción incontrolada, sólo una lagrimita y sería la puta más feliz del mundo. Para la mujer alta la victoria consistía en saborear la destrucción de la muchacha pequeña.

La mujer alta se calienta entre los cuerpos, la yerba, el ron y la mirada constante de la muchacha pequeña que no debía estar aquí. Ríe. Sus ropas se convierten en telas asfixiantes que se pegan a la carne gracias al sudor. La



vivir  
el  
C  
U  
E  
N  
T  
O

muchacha pequeña descubre las líneas de los senos que forman parte de las líneas del cuerpo que la persigue hace días. Descifra el brillo en los ojos de los apostadores que tocan las líneas del cuerpo de la mujer alta.

Los cuerpos con sus líneas se friccionan, se convierten en una gran masa semicircular con la mujer alta como centro. Todos ríen. La mujer alta con el clásico misterio de las grandes putas ríe, y piensa en su triunfo. Los apostadores piensan en su triunfo, cada uno por separado. La muchacha pequeña cambia su mirada inexpresiva por otra casi tierna. También ha descifrado el brillo en los ojos de la mujer alta y arde sin perder la calma.

La mujer alta desabotona su blusa al ritmo de la música e introduce la mano de un apostador entre la tela y la piel. Otro le ayuda con el jeans que lleva demasiado ceñido y hace más difícil su despojo. Otras manos con sus dueños disfrutan de la carne desnuda y más de una boca se aventura entre el cuello y la espalda. Algunas manos se ausentan de las líneas del cuerpo de la mujer alta y dejan al desnudo una variedad increíble de torsos fálicos.

El brillo en los ojos de la mujer alta parece decirle a la muchacha pequeña "es para ti". El brillo en los apostadores se confunde pensando "para mí", cada uno por separado. La mirada casi tierna de la muchacha pequeña da las gracias y por primera vez sonrío.

La mujer alta con el clásico misterio de las grandes putas siente que la risa de la muchacha pequeña que no debía estar aquí, suena como una bofetada en sus intentos de destrucción y por primera vez descubre los rostros babosos de los apostadores y el orgasmo de la muchacha pequeña que nadie ha notado.

La muchacha pequeña agradeció mentalmente al tipo con pretensiones de sabio, que ahora formaba parte del grupo de apostadores, la llamada de la tarde.

La mujer alta recoge sus ropas de entre las ropas de los apostadores e intenta vestirse como puede, mientras la muchacha pequeña bebía el último trago y se acomodaba la saya sin abandonar su esquina.

Los apostadores esperaban la elección del falo recogiendo, también, sus ropas.

La mujer alta se acerca a la muchacha pequeña que abandona su puesto y recibe una soberana bofetada. No hubo una lagrimita.

La muchacha pequeña, que al fin notaron los apostadores, sonrío por segunda vez y besa a la mujer alta con el clásico misterio de las grandes putas, pensando en lo bella que es cuanto más rabia la consume.

Ahora se van.

La mujer alta con el clásico misterio de las grandes putas sigue las pisadas de la muchacha pequeña que recién notaron estuvo siempre en una esquina.

Las miradas atónitas de los cultores del falo secundan el silencio cómplice.

Nadie escucha la música de fondo.

**MAE ROQUE** (Jagüey Grande, 1972) ha publicado los poemarios *Imagen y semejanza* (2001), *Poemas para entretener al loco* (2003), *La ronda* (2005), *Yo, Safo* (2005), *Agua muerta* (2005) y *La hija del tabernero* (2007). El cuento que publicamos pertenece a su libro *Amores ajenos* (2009).